# Y volvió la luz

—Aquí están: mi transistor y los pasatiempos.

—Tres letras. Yunque pequeño. ¿Tas? ¿Altar? ¿Ara?

—Te has convertido en un viejo solitario.

—Cállate y no molestes.

—No puedo. Soy tu consciencia.

—¿Quién coño será? ¿Y por qué no llaman al timbre?

—¡Esa boca!

—¡Ya va!

—¡Vaya, lo que faltaba!

—¿Por qué no usáis el timbre como todo el mundo?

—Ay, hola, papá. He tenido que recoger a Iker del colegio por culpa del apagón y tengo que irme a una reunión con mi jefe. Quédate con él, porfi.

—¡Eh! ¿Dónde vas? ¡No te vayas!

—Ya nos ha colocado al niño, como siempre.

—¡Choca esos cinco, yayo! No podemos usar el timbre porque toda España está sin luz. ¡No me digas que no lo sabes!

—¡Venga ya! No estoy para bromas.

—¿En qué mundo vives, yayo? ¡No hay luz! Como cuando el mapa fue absorbido por un agujero negro en el Fortnite. Me voy a mi cuarto.

—¿De qué diablos habla este niño? Pon la radio, a ver si dicen algo.

*Especial informativo. Radio Nacional de España. Carlos Núñez, Lourdes Maldonado. Llevamos ya más de cuatro horas de apagón eléctrico en todo el país, salvo en las islas Canarias.*

—¿Un apagón? ¿Y qué? ¡Ya volverá la luz!

—Esta juventud se asusta por nada.

—Sigamos a lo nuestro. Dos letras. Río gallego.

—¡Yayo, me aburro! ¡No funciona nada!

—Escucha la radio, lee un libro o dibuja algo en un papel.

—¡Que tengo doce años, yayo! Había quedado con Vanesa202 para jugar al Fortnite y luego con Marisa para jugar al Call of Duty.

—¿Quiénes son esas?

—Son alias de internet.

—¡Ah!

—Calla, yayo, mejor vivir en la ignorancia.

—Nombres fingidos, apodos para jugar.

—¿Jugar a qué? ¿Tu madre sabe a lo que juegas con ellas?

—No pienses cosas raras, yayo. Ella se conforma con instalar el control parental y que no la moleste cuando trabaja.

—Si a ellos les parece bien vivir así…

—Por cierto, supongo que no habrás comido y tendrás hambre.

—Sí, voy a por las latas de la mochila.

—No hace falta. Voy a hacerte unos huevos fritos con patatas.

—Yayo, chocheas. ¡Que no hay luz!

—Déjame a mí. Tú pon la mesa.

—¡A comer! Ya verás como estos huevos están de buten.

—¿Cómo has hecho los huevos?

—¡Tú sí que no te enteras, contreras!

—¡Bravo, yayo! Demuéstrale quiénes somos.

—Venga, come. ¿Te parece que pongamos la radio?

—¡Qué pesado! ¡Que no hay luz!

—¡Hala! ¿Qué es eso?

—Una radio a pilas, de las antiguas, como yo. No necesita electricidad, ni tampoco los fuegos a gas en la cocina.

—Yayo, ¡eres God!

—Supongo que está diciendo que somos la leche.

—¿De qué quieres hablar mientras comemos?

—¿Es que hay algo de lo que podamos hablar tú y yo?

—Vamos, yayo, sorpréndele.

—Te puedo hablar de lo que hacía yo a tu edad cuando me quedaba con mis abuelos.

—¿Tus abuelos? ¿Tú tuviste abuelos?

—¡Hay que ver los niños de ahora, se creen que los yayos nacen viejos!

—Sí, antaño pasaba las vacaciones de verano con ellos en el pueblo, al lado de la casa de Mariluz.

—¿Mariluz?

—Sí, una chica algo mayor que yo, pero que estaba como un tren.

—Fue tu primer crush, ¿eh? ¡Tu primer rollete!

—Digamos que fue la primera chica que tuve cerca.

—Pues eso, crush.

—Venga, dile lo cerca que la tuviste.

—Seguro que te shippeaba.

—No sé qué es eso. Para mí era una diosa como la Loren.

—Una diosa de carne y hueso. ¡Sobre todo, de carne!

—Lo que más me molaba era su rebeldía.

—¿Rebeldía?

—Por ejemplo, cuando se ponía un biquini.

—¿Eso era ser rebelde?

—Entonces sí. Ella se las ingenió para comprarse uno y se lo ponía para tomar el sol sin que nadie la viera.

—Y seguro que tú sí la viste alguna vez.

—¡Te han pillado con el carrito del helado!

—Sí, me escondía para mirar cómo se ponía el biquini y se tumbaba a tomar el sol.

—Y cómo se desnudaba, ¿no?

—Pues sí. Por la noche soñaba recordándolo.

—Ya... Soñabas y algo más, ¿no?

—No seas guarro. Mira, otra vez no se puso el sujetador y se fue a pasear por el pueblo. Todos murmuraban al verla. Su padre llegó por sorpresa, le arreó dos bofetadas y se la llevó a casa. Nunca más volví a verla.

—¿No volviste a ir de vacaciones al pueblo?

—No, yo seguí yendo hasta que mis abuelos se hicieron mayores. Pero al siguiente verano me enteré de que Mariluz se había escapado de casa.

—¿Nunca supiste más de ella?

—No. Durante muchos años no pude quitármela de mis pensamientos.

—No le mientas. Nunca faltaron chicas con las que ligar.

—No me seas green, yayo.

—¿Por qué no hablará este en cristiano? ¡Qué niño!

—Siempre que he estado con alguna mujer la he comparado con ella.

—Eso es demasiado cheesy para mí. ¿Y nunca has sentido curiosidad por saber si tu Mariluz sigue viva o cómo sería hoy?

—Eso no me atrevo a responderlo.

—Nunca me había parado a pensar que tú hubieras sido como yo, aunque te confieso que me parece que vivíais en Disney.

—¿En Disney? ¿Nos ha llamado ingenuos?

—Deberíamos hablar más veces de nuestras cosas.

—La verdad es que sí. Cuéntame: ¿qué más cosas hacías a mi edad?

—Pues verás, me gustaba leer aventuras de los Cinco, jugar al fútbol en la calle, hacer carreras de chapas…

—¿Y nunca hacíais nada con las chicas?

—No era tan fácil. Cuando se podía, bailábamos arrimados en los guateques o íbamos al cine a ver si pillábamos.

—¿Pillar el qué?

—Pues sentarnos al lado de la que nos molaba, intentar darle la mano y, si era nuestro día de suerte, pues un beso.

—Comparado con hoy… Por eso nos dice que era como vivir en Disney.

—Mira esa foto. Es mi abuela. Y mira esa otra: esa chica alta y rubia era Mariluz.

—¿A ver? Sí, es cierto, tenía flow. Y era… una queen. ¡Vaya bebecita, yayo!

—Yayo, ¡ha vuelto la luz! ¡Y tengo cobertura en el móvil!

—¡Qué bien! Así podrás jugar con Vanesa202.

—¡No seas negativo! A lo mejor quiere seguir viendo foto con nosotros.

—¡Es mamá!

—¡Siempre tan oportuna!

—Si quieres, vete a tu cuarto para hablar tranquilo con ella.

—No, tonto, que así no nos enteramos de lo que dice.

—Vale, pero en un rato vente a mi habitación y te enseño a jugar al Fortnite o al Call of Duty. ¿Te molaría?

—Supongo que sí.

—¡Por fin! Estaba muy preocupada. ¿Qué tal te ha tratado el abuelo? ¿Te has aburrido mucho?

—¡Qué va! El yayo me ha contado cosas de cuando él era como yo.

—No le hagas mucho caso, ya sabes que chochea.

—Me ha hablado de Mariluz, su primer amor. Y créeme: el yayo no chochea. Solo hay que escucharle y saber entenderle.

—¡Eso es imposible!

—¡Y me ha hecho huevos fritos con patatas!

—Deja de mentir, no había luz.

—¡Su cocina es de gas! ¿No te acuerdas? Además, hemos escuchado una radio ¡a pilas!

—Iker, ¿ya has acabado de hablar con tu madre?

—Casi, pero pasa, yayo.

—Anda, pásame a tu abuelo.

—Toma, yayo, mamá quiere hablar contigo.

—Dime, hija.

—¿Te importaría quedarte con Iker esta noche? Tengo mucho todavía que trabajar con mi jefe.

—¿Trabajar? ¿En qué? Dile que no nos chupamos el dedo…

—Claro que no, estoy muy a gusto con él. Creo que me va a enseñar a jugar al Fortnite. Y lo mismo se conecta Vanesa202 y así la conozco.